

ESTUDIOS MORALES.



SEGUNDA SERIE.—1856

La encina de Musa.

AÑO XIV. 25.

LA ENCINA DE MUSA.

LEYENDA.

Hace mucho tiempo que en una tibia tarde del mes de abril, un hombre envuelto en una larga pellica blanca, corría á caballo por la antigua via romana que conducía á Noyon, residencia entonces imperial. Al clavar el acicate en el vientre de su caballo, el animal corría siempre á galope.

Ginete y caballo iban hechos un mar de sudor y cubiertos de polvo.

Aquel hombre llegó al límite de las barreras que servían de cercado á los jardines del palacio donde habitaba el emperador Carlo-Magno. Cinco soldados francos armados de pies á cabeza, cerraron de pronto el paso á aquel intrépido caballero que ningun obstáculo había podido detener hasta entonces.

Vió que tenía que habérselas con centinelas avanzadas.

—¿Quién va? le gritó con voz fuerte el gefe de la guardia.

—Un amigo, respondió el caballero conteniendo el paso de su montura.

—Un amigo equivoco, entonces, porque si no me equivoco llevais el albornoz de moro y el turbante árabe; y hombres semejantes son amigos sospechosos.

—Verdad es, replicó, soy un moro de España, un circunciso, como vosotros llamais á los sarracenos; eso no impide que sea amigo de mas de un personaje de la corte de Carlos, vuestro grande emperador.

Para dar crédito á estas palabras, mostróle el extranjero en su tostada mano el dedo anular, en el que brillaba una magnífica sortija de oro y un brillante, en el que se veía grabada una gran G gótica, envuelta en hojas cinceladas con maravilloso arte.

—¿Creeis que este anillo sea prueba bastante de lo que digo?

Sin mas respuesta el gefe de los centinelas hizo retirar su tropa, y dejó el paso libre al árabe, no sin murmurar entre tanto:

—¡Raza maldita!

En el mismo momento volvió el hombre á montar á caballo, y marchó con tal rapidez que hubiera podido creerse que su caballo tenía alas de águila en los pies.

—Todavía alguna aventura de amor! dijo el comandante de la guardia. Desde que el emperador ha tenido la debilidad de dejar entrar á esos infieles en su palacio, las damas de la corte no tienen ternura sino para esas cabezas afeitadas. Esos moros son músicos infatigables, cantan cántigas llenas de ternura con sus bandolines endiablados. Llevan además á las lindas mugeres flores del Mediodía, ramilletes diestramente combinados que forman un lenguaje: seducen, Dios me perdone, hasta las hijas del mismo Carlo-Magno.

—Silencio, respondió vivamente uno de los simples soldados, dirigiéndose á su gefe; os encargo que no habléis una palabra de eso, estos árboles se parecen á las paredes de palacio, tienen oídos.

—Está bien, contestó el capitán, cerraremos los ojos en

cuanto concierne á las princesas; pero esto no impide que nosotros nos indignemos de las cosas de que somos testigos. Este castillo es una especie de serrallo que guardamos nosotros, que tan valientemente hemos reducido á los sajones en Wipekind. ¡Ah! ¡si se oyese á Rolando el paladín y á Reinaldo de Montalvan!

El resto de la conversacion se perdió en medio del ruido que hacia el viento de la noche azotando los árboles del bosque, y bien pronto todo quedó en silencio.

Entretanto, el caballero moro había llegado hasta el retinto del palacio.

Al oírle llegar, una segunda guardia tomó las armas.

Para abreviar las formalidades y ganar tiempo hizo ver el anillo con la G gótica.

—Pase, le dijo el gefe, hé ahí un esclavo que le aguarda.

Un doncel de diez y seis ú diez y nueve años, de raza lombarda, vestido con una túnica negra fué á coger la brida del caballo y dijo al viagero:

—Bajo el pabellon de la izquierda; allí le entregarán el mensaje; mientras la audiencia, cuidaré del caballo, lo arreglaré y haré que se refresque.

Algunos instantes despues atravesaba el sarraceno el gran patio del castillo de Kiersi y era introducido en el pabellon del ala izquierda.

Dos damas de elevada estatura, ricamente adornadas, cogieron cada una por la mano al extranjero y despues de haber levantado una cortina de sarga verde le dijeron:

—Entrad, la princesa Giselda os aguarda.

Cuentan que un hijo del Norte que fué transportado á Africa, le deslumbró de tal modo el sol, que perdió la vista. Casi un efecto semejante esperimentó el sarraceno al hallarse cara á cara con la morena Giselda, hija tercera de Carlo-Magno.

Rotruda, la mayor, era rubia; Berta, la mediana, tenía el pelo castaño; pero Giselda, morena, teniendo ojos azules hacia olvidar las inmensas gracias de sus dos hermanas mayores y los infantiles encantos de las dos hermanas que tenía despues.

En el momento en que entró el moro inclinándose hasta la tierra para saludar á la manera oriental, la princesa se hallaba adornada de un vestido color de púrpura de un ligerísimo tegido; su cabellera mezclada de racimos de coral, brillaba con los mas luminosos reflejos: la blancura de la leche matizada de azul, daba á su rostro el aire de una estatua antigua: sus ojos encantaban. El hábito de cazar á caballo al lado de su padre, había dado á toda su persona una actitud varonil que añadía una gracia mas á todas sus demas perfecciones.

—Exacto sois, Abderraman, dijo dirigiéndose al recién llegado: yo había hecho decir al califa, vuestro amo, que le daría una respuesta hoy mismo á las siete de la tarde. Llegais á la fecha precisa y á la hora fijada por mí.

—Princesa, desde Carcasóna á donde reside Musa-el-Kevir, hasta Noyon he reventado seis caballos á fin de no haceros aguardar; ciento que hubiera muerto lo hubiera aplaudido mi corte por evitaros un momento de impaciencia.

—Sois muy galantes los moros de España; pero hablenos de lo que os trae aquí. ¿Musa-el-Kevir, sigue siempre en las mismas intenciones?

—Pasarán el cielo y la tierra, princesa, empero su amor á vos no pasará.

—Pues bien, Abderraman, llevadle este mensaje que escribo para él ante vuestra vista.

Y hablando así Giselda, á quien el secretario del emperador, Egesialdo, había enseñado el arte de hacer rápidamente correr una pluma sobre un pergamino, arrojó sobre la piel de un cordero de Berri las líneas siguientes:

«Califa, consiento en ser tuya, pero mi amor impone cuatro condiciones:

- 1.^a Despedirás tus mugeres.
- 2.^a Te cortarás tu larga barba.
- 3.^a Dejarás crecer tus cabellos.
- 4.^a Te harás cristiano.

GISELDA.»

Después que hubo escrito esto, leyó en alta voz su carta, y dirigiéndose al mensajero:

—¿Pensáis que las acepte, Abderraman? le preguntó.

—Princesa, pienso que por agradaros levantaría el califa con sus manos la tierra de España, y la colocaría á vuestros pies.

Giselda se quedó pensativa.

—Pues bien, respondió, que acepte, y estoy pronta á cumplir mi palabra.

Después de esto hizo señal con la mano de que se había concluido la entrevista y que podía retirarse el mensajero.

Al cabo de diez minutos había vuelto el sarraceno á subir á caballo y desaparecía entre torbellinos de polvo hacia el Mediodía de la Francia.

Lo que acabamos de contar pasaba algunos años después del día en que el rey godo don Rodrigo fué hecho pedazos con su ejército en las orillas del Guadalete por los príncipes sarracenos. Un ejército de moros de España se había acercado al Pirineo, y echando los ojos sobre las floridas vegas del Mediodía de la Francia, había extendido sus conquistas hacia ella. Desde entonces los moros vivían y comían entre las vírgenes galas, y cuando eran rechazados, las depositaban á las grupas de sus caballos, y las traían á España llevándolas á sus palacios de Sevilla y Córdoba.

Un día, pasando cerca de Tolosa Musa-el-Kevir, percibió entre una multitud de jóvenes doncellas una de ojos azules, y le dijeron:—Es ella, Giselda, la hija tercera del emperador Carlo-Magno. Por la noche, cuando volvió á Carcasona, el califa vió que su corazón ardía en el fuego del amor.

—Yo amo á la hija tercera de Carlo-Magno, se decía.

Cuando el amor se apoderó así de Musa-el-Kevir, tenía cincuenta y cinco años, y Giselda nada más que diez y seis: amor de anciano, amor tardío, el más terrible y el más amargo de todos.

A la mañana siguiente envió el califa esta embajada á Carlo-Magno:

«Si quieres darme la mano de Giselda, tu hija tercera, te devolveré á Carcasona y todo el país que se extiende hasta los Pirineos.»

Carlos hizo entregar aquel mensaje á Giselda.

¿Qué astutas y coquetas son las mugeres! Nos cuenta

la historia que Giselda era hija de una muger repudiada. Como todos los príncipes altivos y batalladores, Carlos había tenido muchas esposas y queridas, su descendencia era numerosa. Al morir el emperador, quince de sus hijos se hallaban en palacio, y Giselda podía estar en este caso.

«De buena gana seré la esposa de Musa, si dentro de un año, cuando cumpla mis diez y siete años, me concede cuatro cosas que le pediré.»

Esto es lo que había respondido la princesa.

Acabamos de ver que al plazo fijado había enviado las cuatro condiciones por escrito.

Habíase pasado un mes cuando se presentó Abderraman trayendo un ramo de flores de brillantes y una respuesta.

«Yo Musa-el-Kevir, me comprometo á despedir mis mugeres, á cortarme la barba y dejar crecer mis cabellos; empero no puedo hacerme cristiano.»

—Abderraman, dijo Giselda, vuelveos á llevar el ramo; no seré la muger de vuestro amo.

Pasóse otro mes: Abderraman, estaba de vuelta con una nueva carta y dos ramos en la mano.

«Yo Musa-el-Kevir, por poseer á Giselda me comprometo á todo, aun á hacerme cristiano.»

¡Amor insensato de los ancianos! ¡olvían que una rosa tiene cien espinas!

Debían celebrarse las bodas en agosto.

En julio, no se sabe como, reunidos Roldán y los cuatro hijos de Aimon tuvieron disputa en una posada con unos sarracenos, batiéronse y tres de estos murieron. El ejército árabe tomó parte por los muertos y pidió venganza. Tuvo necesidad Musa de sacar la cimitarra de la vaina y declarar la guerra al emperador Carlos el Grande. «No podré jamás resolverme á entrar en una guerra que arranca de mis brazos la más linda princesa del mundo.» decía. Los sarracenos no le escucharon y para decidirle mataron á cuantos francos encontraron.

No había tregua ni arreglo posible.

Reinaldo de Montalvan apretó los puños y los cuatro hijos de Aimon afilaron sus espadas. Rolando exclamó:

—¡Desgraciados los circuncisos!

Era la guerra como entonces se hacía, guerra implacable, ciega, cruel y sangrienta.

—¡Si yo pudiese apoderarme del emperador, ó únicamente de su hija!... decía Musa en medio de sus ardientes sueños.

Sábese por veinte testimonios históricos todo lo que pasó en esta iliada gótica. Desde luego las tropas carlovíngicas destruyeron masas de árabes. Hubo veinte veces gran carnicería de moros.

Rolando á caballo con su Durandarte en la mano, no dejaba en paz ni tregua á los árabes. Rolando iba todas las tardes á lavar sus ensangrentadas manos en las aguas de los prados y encontraba en los barrancos su vigor y su valor, y se decía:

—Bastará presentarme para hacer huir á los árabes como langostas.

El presuntuoso contaba demasiado con su destino.

Gracias á sus esfuerzos, las filas enemigas habían sido aclaradas; el ejército de Musa se hallaba reducido á sus dos terceras partes por lo menos. Pero en medio de las gargantas españolas, los héroes no tenían el recurso de

una ancha llanura donde sus caballos pudiesen correr á su placer. Además, Musa encontró en los vascones y aquitanos, auxiliares inesperados. Atacaron la vanguardia de Carlos en Roncesvalles y la hicieron pedazos. Rolando que mandaba esta vanguardia, agobiado, pero no vencido, cayó descantillando la montaña con su formidable espada. Quedó aplastado bajo la masa gigantista de una roca.

—No por eso he perdido menos mis provincias francesas, decía Musa acompañado de Abderraman; pero espero siempre poseer á Giselda.

—No esperéis nada, dijo su servidor; acaban de decirme

que ha dado su mano á Didier, el hijo adoptivo del Paladín: los han casado en la iglesia de Morlaas.

A esta noticia se tambaleó el califa, tembló y de su enrojecida pupila se escapó una lágrima.

Aquella lágrima cayó en tierra, cerca de una roca sobre una bellota que una ave de rapina había dejado caer.

Asegúrase que fué fecundada la bellota por aquella lágrima. Una encina diez veces secular ha brotado en aquel punto: todavía se le llama la *encina de Musa*. A sus pies nos han contado esta historia y la boca que hablaba ha añadido: Tened lástima de los amores de los viejos.

ESTUDIOS BIOGRÁFICOS.

LA FAMILIA SUIZA.

CUADRO IMITACION DE THENIERS.

I.

Los pintores flamencos y holandeses han poetizado las chozas, las cabañas y los bodegones.

Entre los pintores flamencos brilla entre todos Theniers. Se acusa á David Theniers de no haber estudiado sino en coche.

En efecto, en la época en que pintaba sus bodegones y los interiores de las cabañas, habitaba una magnífica casa de campo, verdadero palacio, y se daba todas las apariencias de un grande y poderoso señor. El famoso don Juan de Austria, ese príncipe hijo del grande Carlos V, y que con su gloria llenó el mundo, siendo el vencedor de Lepanto, y habiendo ganado muchas batallas en los Países Bajos, mas de una vez fué su huésped. La corte de Bruselas se trasladaba también algunas veces á su castillo en algunas fiestas campestres. Pero Theniers antes de habitar un palacio había vivido largo tiempo en trato familiar con los bebedores, los pescadores y los fumadores de las orillas del Escalda; había corrido por las fiestas y bodas de aldea, no para confundir su alegría con la de los aldeanos, sino para divertirse con la alegría de estos.

David Theniers había nacido en Amberes en 1610, en el taller de su padre. Aquel taller era para él su alcoba, su cocina, su sala. Jamás pintor alguno comenzó sus estudios desde tan joven: todavía se hallaba en la cuna, y ya sus tiernos ojos miraban pintar al anciano Theniers. No tenía mas que cuatro años cuando su padre le sorprendió con el pincel en la mano emborrachando con cómica gravedad un paisaje sin concluir.

Vino á visitar al anciano Theniers el célebre Rubens, y se detuvo para ver á sus dos hijos Abraham y David.

Abraham proseguía tranquilamente sus estudios sin cuidarse de la presencia del ilustre maestro. Conmovido David hasta derramar lágrimas, dejó caer su pincel de la mano. Viendo Rubens que le causaba miedo se dignó alzar el pincel, y pintar él mismo á grandes rasgos en el boceto

del joven estudiante. Esta fué la mas hermosa lección que tomó jamás David, porque Rubens explicaba cada pincelada. Así David Theniers decía mas tarde: «he recibido mi genio de la naturaleza, el gusto de mi padre, mi perfección de Rubens.»

Habiéndose indispuerto, no se sabe por qué, con su hermano Abraham, marchóse David confiando en su buena estrella á abrir otro taller cerca de la catedral. Adriano de Brauwer, que no tenía mas taller que la taberna, vino á pintar á casa de David. Este fué un nuevo maestro muy ardiente y muy original: afortunadamente David no hizo caso de él mas que en el taller.

La fortuna le fué favorable: la llamó, y acudió. Sus cuadritos, que hacia con la mayor facilidad y rapidez prodigiosa, se vendían en Amberes para todos los países vecinos á un precio casi increíble. Decíase comunmente que tenía una mina de oro en su taller.

H.

Se casó con Ana Breughel, hija de Breughel, y pupila de Rubens. Casóse con ella porque era hermosa: él era también famoso por su belleza.

El día de las bodas el archiduque Leopoldo le dió una cadena de oro con su retrato en un medallón. Aquella cadena le fué de un feliz presagio. Ana Breughel no tuvo para Theniers sino cadenas de flores. Hizole padre de cuatro hijos, lindísimas flores y sonrisas de su taller.

Theniers quiso conquistar un nuevo mundo, y para eso no tuvo que andar mucho. Entre Malinas y Amberes, en la aldea de Pestk, se vendía un palacio, el palacio de las Tres Torres, antiguo edificio gótico digno de albergar á un príncipe. David Theniers, que era un pequeño príncipe entre los pintores alemanes, compró atrevidamente el palacio, resuelto á pasar allí su vida en medio de la naturaleza. El lugar estaba bien escogido: torre punteaguda, pradera, estanque, cercados pintorescos, labradores borrachos, todo cuanto Theniers buscaba, lo halló en Pestk y en las aldeas inmediatas. Echó gran tren: tuvo lacayos y carruages. Lo que sorprenderá sin duda es, que estudiaba los bailes y las tabernas desde la portezuela de su carruaje. No imitaba en esto á su amigo Brauwer que bebía y bailaba con sus modelos.



Peint par Karl Gussard.

Imp. H. Hubert, 52, r. de la Harpe, Paris

Gravé par Paul Girardet.

La Familia Suiza



Su palacio fué el punto de cita de las cacerías. El archiduque Leopoldo, el príncipe de Orange, el duque de Malbroug, el obispo de Gante, don Juan de Austria, y otros personajes mas ó menos ilustres, se daban allí cita. Don Juan de Austria pasó en el castillo de las Tres Torres mas de un verano, tomando lecciones de pintura, y fraternizando con Theniers. Cual recuerdo de la buena y franca amistad ha pintado con el talento de la paciencia el retrato de los hijos de Theniers.

Theniers no era solo celebre en Flandes y en Holanda. La reina Cristina de Suecia le escribía y le enviaba su retrato guarnecido de brillantes. Francia, Alemania, Italia, España, se disputaban sus obras.

Sin embargo, aquel pintor gran señor no siempre estudiaba en carruaje. En sus cuadros de cabañas y tabernas, le vemos alguna vez pintado en la punta de una mesa rústica entre su muger y sus hijos, siguiendo con penetrante vista la fisonomía y las facciones de los bebedores esparcidos en torno suyo, y aun algunas veces echaba de beber á sus modelos, pero con una mano blanca y desdenosa que contrastaba singularmente con su acción báquica.

Dos veces le arruinó su gran tren. En su primer ruina se contentó con trabajar de noche: no suprimió ni un criado ni un caballo: no recibió menos á todas las personas notables de todos los países, que se creían en el palacio de las Tres Torres en un palacio real. Su trabajo restableció su hacienda: asegúrase que produjo hasta trescientos cincuenta cuadros en un solo año. Empero á fuerza de producir desesperó á los tratantes, y sus obras bajaron de precio: muchos cuadros permanecieron colgados en los dorados artesones del taller. No sabiendo entonces como salir del negocio, cuéntase que Theniers, de acuerdo con su muger y sus hijos, se hizo pasar por muerto. Levantáronle un mausoleo en el jardín: Ana de Breughel se puso vestidos de luto; en fin, representaron tan bien la comedia, que sucedió el desenlace previsto: cuadruplicaron de precio los cuadros de Theniers. Al verlo Theniers salió de su taller, y volvió otra vez á comenzar con lujo y suntuosidad la vida.

III.

Ápenas se hallaba en la mitad de su carrera Theniers, cuando tuvo el dolor de perder á su muger. Su aflicción fué de las mas grandes. El palacio de las Tres Torres tan alegre por su felicidad pasada, se trasformó en un vasto y glacial sepulcro: la naturaleza, su ordinario taller, no le habló mas que de las gracias y de las virtudes de Ana Breughel. Como en su contrato de matrimonio debia á la muerte de su muger abandonar todos sus bienes á sus hijos, se encontró pobre como al principiar su carrera. Aun cuando sus hijos no hubiesen exigido que se cumpliesen las cláusulas del contrato en su favor, David Theniers, á pesar de las observaciones de todo el mundo, quiso desposeerse en el mismo año de su viudez de todos sus bienes, diciendo que no queria vivir á costa de los huérfanos. El palacio de las Tres Torres fué puesto en venta: lo compró un consejero del parlamento de Brabante, llamado Juan del Fresno, pagándolo á los hijos del pintor en dinero contante á su mayor edad. Theniers se retiró á Bruselas con un modesto ajuar. Sin embargo, conservó un caballo no pu-

diendo pintar sino á la vuelta del paseo y en medio del campo. Nadie queria creer en aquella metamorfosis: vendió sus cuadros á la mitad del precio, y nadie se atrevia á regatear con el gran señor, con el pintor pobre: temian ofrecerle demasiado poco dinero. Pero la fortuna se cansa: Theniers vivia solitario, y todas sus ideas se concentraban en la sombra de su querida Ana y en la religion cristiana.

Muchas veces en sus correrías y paseos á caballo, se dirigia á Pestk, y miraba el castillo que tenia para él tan gloriosos recuerdos de fortuna, de gloria y de amor. Una tarde le pareció ver aparecerse en la verja del palacio paseándose una señora jóven, cuyo rostro tenia alguna semejanza con el de Ana de Breughel. Siguió con ojo ardiente y entusiasmado aquella graciosa aparicion, que era para él como un sueño de lo pasado. La jóven desapareció casi en el mismo instante por una alameda del castillo: Theniers se quedó todaví mirando: no sabia separar su vista de aquel punto.

—¡Pobre Ana! decia entre sí tristemente, pero con un presentimiento de alegría: tú no has muerto para mí, no: te encuentro en todas partes aquí; los mismos árboles, la misma barca, ese estanque en que juntos hemos paseado nuestra felicidad. ¿Por qué he vendido este palacio? decia con amargura: al menos estaria en cierto modo cerca de mi Ana, y me imaginaria verla y oirla todaví.

A la mañana siguiente no pudo menos de volver á Pestk. Habiéndole encontrado el consejero á la orilla del estanque le suplicó que entrase en el palacio, y le presentó á Isabel del Fresno. Era jóven, rubia y blanca, y se fastidiaba en la soledad: tenia la mirada tierna y sencilla de Ana Breughel.

Invitaron al artista á que se quedase á cenar, y consintió en ello gozoso. La cena fué alegre; el pintor se creyó casi vuelto á su antiguo esplendor. Faltaba á aquel cuadro el dulce rostro de Ana de Breughel; pero Isabel del Fresno era encantadora.

—¿Qué mala idea os ocurrió de dejar este palacio? dijo el consejero á los postres: ya sé que era para aumentar el patrimonio de vuestros hijos; pero esto es llevar demasiado adelante el amor paternal; un genio como el vuestro necesitaba un palacio por asilo.

—Mi verdadero palacio es la naturaleza, contestó el pintor arrojando una mirada de envidia sobre los dorados artesones del castillo de las Tres Torres.

Al decir esto miraba tiernamente Theniers á Isabel. La jóven se ruborizó y habló de otra cosa.

IV.

A la mañana siguiente Theniers se levantó al romper el alba para volver á Bruselas. Antes quiso dar una vuelta á pie por los alrededores de la que fué su espléndida propiedad.

Apoyado Theniers contra el trono de un sauce, miraba á su vez el estanque y el palacio. Perdiase en gratos recuerdos, cuando de repente alzando su vista á la ventana dorada donde se apoyaba Ana de Breughel durante las hermosas noches, vió aparecer su imágen como por encanto. Iba á alargarle los brazos cuando reconoció á Isabel del Fresno.

—¡Ay! dijo bajando la cabeza, no es ella, y sin embargo...

Volvió al castillo, montó á caballo y se marchó lentamente.

Durante toda una semana no hizo nada bien. Quiso pintar el retrato de Isabel del Fresno, pero era una obra superior á sus fuerzas. Apenas lo bosquejaba, aquel retrato le recordaba á Ana de Breughel y á Isabel del Fresno; estas dos encantadoras imágenes habían para siempre encañado su mirada. Trató de buscar distracciones, porque temía enamorarse: hizo un viaje á Francia, marchó para Italia, pero apenas había llegado á Lyon, el amor le hizo volver atrás en su camino.

A su vuelta halló en su casa una carta del consejero, en que se quejaba de que le hubiese olvidado, y le invitaba á que viniese á dar una lección de pintura á su hija.

Fué Theniers á Pestk. El consejero le hizo quedarse todo el verano en el palacio, en el que se instaló Theniers, no sabiendo si era mas feliz para él huir de Isabel ó verla sin cesar. Theniers se imaginaba muchas veces estar soñando. Mas de una, al ver la mano de Isabel del Fresno quería volver á tener su antigua felicidad. Todos los días descubría en ella nuevas asemejanzas con su muger: ayer era su mano, hoy era su pie; jamás ilusión alguna fué mas poderosa.

Estaba á punto de volverse loco.

A ciertas horas se alejaba precipitadamente del palacio, temiendo no poder dominar su corazón.

—¿Qué teneis? le preguntó un día el consejero alarmado con sus frecuentes distracciones. ¿No os agrada nuestro modo de vivir? Vuestro semblante parece disgustado.

—No tengo nada, respondió Theniers. Un recuerdo, un pesar, no sé.

V.

Una tarde despues de puesto el sol, estaba sentado el pintor á la orilla del estanque, sacudiendo con el pie las cañas y evocando las graciosas imágenes del recuerdo, cuando pasaron en una navicilla Isabel del Fresno y su criada. Gracias á la caída de la noche que arrojaba un ligero velo, gracias á su nebulosa mediación, gracias á un gran perro que seguía á nado la lancha como en los bellos tiempos, Theniers ya no fué dueño de sí.

Tocaba la navicilla á la orilla y se lanzó á ella.

—Ana, Ana! exclamó. Isabel, perdonadme, replicó inmediatamente cayendo de rodillas á los pies de la jóven.

—¡Bien! Si, le dijo con pasión; seré Ana Breughel si queis...

Adivinábase sin trabajo que la jóven, un poco romántica, había amado desde el principio á Theniers; que compadecida de los pesares que experimentaba éste por Ana de Breughel, había emprendido dulcificarlos, llegando poco á poco á fuerzas de ilusiones á tomar el lugar de aquella adorada muger.

Tres semanas despues Theniers se casaba con la hija del consejero, que en vano había puesto algunas dificultades. Volvió á habitar el castillo; volvió á tomar su antiguo modo de vivir, la vida de sus mejores tiempos. Isabel del Fresno, encantada por su genio franco, por sus nobles maneras, seducida por el brillo de su gran genio y de su repu-

tación, le amó cariñosamente hasta su muerte. Sabía que le recordaba siempre su primera muger: lejos de incomodarse ni quejarse de esto, había tomado poco á poco las costumbres de Ana Breughel, con el designio generoso de causar ilusiones sin cesar al pintor. Así Teniers, encantado de haber vuelto á hallar tan dulce compañera, la amaba por ella, la amaba por Ana de Breughel.

VI.

Murió Theniers á la edad de mas de ochenta años. Vivía retirado en Bruselas, siempre ardiente en el trabajo. Su muerte fué dulce, tranquila, pacífica. Uno de sus hijos, recoleto en Malinas, le cerró piadosamente los ojos.

Gracias al celo de aquel hijo, se había convertido en un buen católico.

Había pintado para el convento de Malinas los diez y nueve mártires de San Gorgum.

Aquel hijo ha escrito una vida de su padre llena de oraciones y letanías. La única página curiosa es la última que habla de la muerte de este pintor célebre.

El delirio se había apoderado de David Teniers. En medio de la noche, despues de un penoso aplanamiento, cogió la mano de su hijo con agitación. Le llamó para decirle que había en el cuarto diversos bebedores, cuyo olor á cerveza le trastornaba la cabeza; suplicaba á su hijo impidiese fumar á un aldeano, porque le incomodaba el olor de su pipa; le pedía que abriese las ventanas, y se le figuraba ver en el cuarto un baile de esqueletos danzando al son de una música fúnebre: en una palabra, en aquellos últimos momentos atravesaban por la mente del pintor, suscitadas por el delirio, la mayor parte de las imágenes á que su mano inmortal había dado vida sobre el lienzo: le decía que llamase á un lacayo para que las arrojase de allí.

Agitado de estas ideas murió David Teniers. Fué enterado en el coro de la iglesia de Pestk, debajo del campanario que en todos sus cuadros ha dibujado en todos los horizontes.

Los domingos, los biznietos de los aldeanos que Teniers pintó en la taberna, ó en las chozas, ó en sus casas, pasan alegremente sobre la piedra de mármol que cubre su sepulcro, con una sencilla sonrisa, mezclada de melancolía y de alegría.

Carlos Girardet ha querido imitar el género de Theniers. El cuadro que presentamos hoy á nuestros lectores es una imitación en este género, y representa el interior de una familia suiza.

JOSE MUÑOZ Y GAVIRIA.

EL COCHE DE CARLOS II.

HISTORIA.

Es un día de fiesta en Madrid, un bello día que pasará demasiado rápido sobre la imperial y coronada villa, al parecer, de su alegre población. ¡Oh! ¿quién reconocería en ese Madrid tan animado y tan hermoso, en ese Madrid alfombrado de flores y en que resuena el sonido de los instrumentos y de los armoniosos cánticos, á la sombría y triste hija del austero Felipe? Nadie, nadie. Un elegante é

impaciente gentío inunda la calle de Alcalá, desde la Puerta del Sol, sitio que el pueblo prefiere particularmente y donde se agita y alborota como un enjambre de abejas hasta el Prado de San Fermin, cuyas verdes alamedas están pobladas a la sazón de hermosas señoras con elegantes basquiñas y ricos mantos de encage, y de jóvenes galanes que montados en fogosos potros cordobeses, hacen vistoso alarde de la gracia y de la habilidad que sabe desplegar un jinete español. El mismo rey con la reina, los grandes y títulos de Castilla deben ir al Prado: las carrozas doradas de la corte cruzarán aquellos hermosos paseos y se mezclarán a los trenes no menos brillantes de la nobleza. Será un magnífico espectáculo, y aquel día pasará demasiado rápido sobre la imperial y coronada villa.

Pero ¿no tienes siempre el dolor una parte en las fiestas humanas? Entre tantos corazones alegres é indiferentes, ¿no hay siempre un corazón triste y dolorido? Entre tantas voces que clamorean inútiles y mundanas palabras, ¿no hay una voz suplicante que se alza hacia el cielo para pedirle una merced?... Una joven pálida, desencajada, baja la calle de Alcalá. ¡Plaza! ¡Plaza! dice con voz sofocada por los sollozos, ¡mi padre se muere! pero la multitud, que se aleja de ella un momento, la multitud, que corre hacia el Prado, se le opone en breve al paso, cada vez mas apiñada, mas compacta, y estas amargas palabras: ¡Mi padre se muere! no salen sino con mucho trabajo de su agitado pecho.

Dentro de algunos momentos la religión acudirá en auxilio de la piedad filial, porque la religión es mas poderosa sobre el pueblo de Madrid que el placer y la alegría de las fiestas: la religión impondrá silencio á aquella muchedumbre, que abrirá respetuosamente delante de sus ministros sus confusos y apretados pelotones, aunque el día es hermosísimo y el rey y la corte deben ir al Prado en doradas carrozas.

Llega en tanto la joven jadeando, la frente inundada de sudor hasta la entrada de Nuestra Señora de Atocha. Apenas su mano trémula ha podido tocar los sagrados mármoles del pórtico, cuando una nueva fuerza desciende á su corazón y anima la esperanza su decaído aliento. Un sacerdote cruza en aquel momento la nave de la iglesia: la joven se precipita hacia él y cae á sus pies. Inclínase á ella el sacerdote para ayudarla á levantarse, y ella aprovecha aquel momento para decir su nombre, para hacer saber su desgracia é indicar las señas de la casa de su familia; el sacerdote la tranquiliza y la bendice...

La pobre doncella ha ido á pedir el Viático para su padre, y al cabo de pocos momentos todo está pronto para el cumplimiento de aquella obra de caridad y de fé. La religión va á sentarse junto á la cabecera del cristiano moribundo: uno de sus ministros lleva el viril que encierra el Pan de la vida eterna, la hostia consagrada por santas palabras. Camina bajo un dosel y procedido de un sacristan que de cuando en cuando toca una campanilla.

—¡Plaza! ¡plaza! ¡Mi padre se muere! De nuevo es insensible el gentío á estas amargas palabras de la doncella, que quisiera llegar á la casa paterna antes que la santa comitiva... Pero el toque de la campanilla resuená de repente en la gran calle de Alcalá, y de pronto el gentío se para y se arrodilla respetuosamente; ábrese por todos lados para dejar paso al ministro del Señor, y la multitud prosternada olvida por un momento los placeres que le aguardan en el Prado.

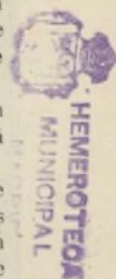
—¡Oh Dios mío! ¡Aquí vienen los alabarderos y la guardia real! ¡Ahí están las carrozas doradas de la corte! ¡El rey es, el rey nuestro señor! ¡Cómo haremos? el sacerdote no llegará á tiempo, y cuando llegue Dios á nuestra casa ya será tarde... No descenderá como un último rayo de sol sobre los labios pálidos de mi desdichado padre. Y se desesperaba, y gemía y golpeaba su pecho.

—Nada temas, nada temas, niña; el rey, tu señor, con sus alabarderos y su guardia, es en este momento igual á tu padre moribundo.

Llega en efecto el rey de las Españas, acompañado de una brillante comitiva, en su magnífico coche que apenas puede dar un paso en medio del gentío que se agolpa en derredor, victoreándole con repetidos gritos de júbilo y de entusiasmo.

Pero al primer toque de la campanilla, la guardia á caballo se para y echa pie á tierra; ábrese la portezuela de la carroza, y el rey católico se apea y se arrodilla en la calle... Luego hace subir al sacerdote en su coche, y le conduce en persona á la casa del enfermo, que espera los últimos sacramentos.

Este homenaje tributado á Dios por un poderoso monarca, en medio de un pueblo animado de las mismas convicciones, ha hallado desde entonces constantes imitadores. El rey de España de quien se habla en este artículo es Carlos II. La piadosa costumbre introducida por este religioso príncipe, se ha perpetuado hasta el día por nuestros reyes.



RECUERDOS HISTORICOS.

LA TURQUIA Y LOS TURCOS.

Es muy interesante en estos momentos levantar algo la cortina del gran teatro de Oriente, en donde acaba de ventilarse á cañonazos la suerte de la Europa. Nosotros hemos presentado á nuestros lectores en el año anterior la historia circunstanciada de estos grandes sucesos, y queremos ahora decir algo sobre la Turquía bajo el punto de vista moral, anecdótico y pintoresco.

La Turquía no está bien conocida entre nosotros, porque son muy pocos los españoles que la han visitado, y no son tampoco muchos los que se han dedicado á la lectura de las costumbres de este país, tan digno de conocerse y de estudiarse.

Hay una gran preocupacion en Europa sobre la tolerancia religiosa y el sentimiento de igualdad entre los turcos.

Durante las fiestas del Bairan (clausura del ayuno), todo el que allí llega, rico, pobre, mendigo, amigo, desconocido, cristiano, musulman, todos pueden presentarse á la

puerta de cualquier casa donde se come bien, y tomar parte en su regalo. Además los bollos, los pastelillos, las tortas con azúcar se distribuyen en la plaza pública á cualquiera que los pida, sin distinción de religión ó de estado. En esto se conoce el pueblo generoso, que salvo algunos bajás fanáticos, vive hace siglos con tantas comuniones diferentes, y en el que los furibundos derviches van á las mezquitas diciendo siempre *que es bueno honrar á Dios, y*

— *Stafilion*, dijo el griego.

Cada cual quiso hacer prevalear su gusto sobre el de los demás, y llegaban ya á las manos, cuando un derviche que sabía los cuatro idiomas, llamó á un vendedor de uvas, y se vió que eso era lo que cada uno pedía. Picante alegoría de la mala inteligencia de algunas palabras que causan la mayor parte de las guerras y de las desavenencias humanas.



Vista del gran bazar de Constantinopla.

que han encontrado esta leyenda para reasumir su historia.

Cuatro compañeros de camino, un turco, un árabe, un persa y un griego quisieron merendar juntos. Pusieron de escote cada uno diez *paras* (unos cinco reales), pero se trataba de saber lo que habían de comprar.

— *Uzum*, dijo el turco.

— *Ineh*, dijo el árabe.

— *Inghur*, dijo el persa.

Las pruebas del sentimiento de igualdad no son menos notables. En un país en que el sultán mismo es el hijo de una esclava, no puede haber aristocracia ni distinciones sociales, salvo la diferencia transitoria de las fortunas. No hay tampoco apellidos de familia: uno es tal, hijo de tal: la genealogía no pasa de ahí. Entre los otomanos todo comienza y concluye en el individuo. ¡Qué amplia carrera se asegura así al mérito! Si uno le dice á un *caidji* (barquero

del Bósforo), *Dios te haga gran visir*, recibe este cumplido sin arquear las cejas, y responde: *Si Dios quiere*.

Y Dios lo ha querido muchas veces: muchos grandes visires han comenzado por ser jardineros ó leñadores, y guardaban el sobrenombre que habían tenido en estos oficios bajos, no ostentándose menos orgullosos con ellos.

La lealtad y la munificencia de los turcos son proverbiales. Cuando dos griegos hacen un contrato ó tienen un pleito, toman siempre un turco por garantía ó por árbitro. Si sucede en Constantinopla que un comerciante ó vende-

que se fabrican en Tiflis, encontró que el comerciante le pedía por ella doscientas piastras; el viagero ofreció ciento; el comerciante se limitó á responder que no vendería su escribanía ni un *para* menos, pero que si le gustaba tanto, tendría un placer en regalársela. Vaya vd. á buscar en España ni en Francia un comerciante de esta clase.

En cuanto á las virtudes militares de la Turquía, fiel á su historia, es todavía un plantel de buenos soldados. Si es fácil observar un puesto de *palicars* (milicia griega al servicio de la Puerta, que hace la guardia con las mugere



Vista de la mezquita de Santa Sofía.

dor le pide á uno mas que lo que valen las cosas, basta decirle:

—¿Con que tú no temes á Dios?

Inmediatamente muda de semblante y da al objeto regateado su verdadero valor, y sería ofenderle gravemente el no creerle.

Se cuenta que un día un viagero francés se detuvo delante de un mostrador de un rico predero persa, en el gran bazar de Constantinopla, que es el compendio moral y material del Oriente. Habiendo preguntado el precio de una de esas lindas escribanías iluminadas con figuras

y con los niños, es mas fácil arrancar un simple reducto en la guerra á las tropas regulares otomanas. Esto se ha comprobado y lo han visto nuestros lectores en la gloriosa defensa del sitio de Silistria que les hemos referido al contarles la guerra de Oriente.

Como artilleros, los turcos tienen un excelente golpe de vista: apuntan con precision, exactitud y sangre fria. Como soldados de linea están perfectamente foguados. Como ingenieros, sin grandes conocimientos adquiridos, tienen el instinto de la fortificación, del ataque y de la defensa de las plazas.

Se cuenta que Soliman II celebraba consejo con sus generales sobre el modo de sitiar á Rodas. Uno de ellos, hombre de experiencia, le explicaba las dificultades de la empresa. El sultan por toda respuesta le dijo:

—Adelántate hasta mí, pero piensa que si pones los pies en la alfombra en que estoy sentado, te derribo la cabeza de los hombros.

Después de algunas vacilaciones, al general otomano le ocurrió levantar la alfombra y arrollarla sobre sí misma á medida que iba adelantando, y llegó así sano y salvo hasta su amo.

—No tengo nada que enseñarte, exclamó el sultan, ya conoces ahora el arte de sitiar.

El gran vicio, el único vicio acaso de los otomanos, es su fatalismo.

—¡Estaba escrito! dicen, y se someten á todo.

El profeta les ha enseñado, sin embargo, que la guerra es del mas diestro. En tiempo de peste cubren los muertos con una pulgada de tierra, dejando un intervalo entre el cadáver y la tabla, á fin, creen, de que el ángel de la muerte pueda sentarse allí para hablar con el difunto. Este intervalo es justamente lo que da paso á los miasmas mefíticos.

Cuenta un viagero, que hallándose en pleno cólera, un herrero de Constantinopla, sepultado por la mañana, se había vuelto á su casa durante el día, envuelto en su sudario. Como era un hombre muy taciturno, con gran terror de los concurrentes se dirigió á su yunque, y sin decir una palabra volvió tranquilamente á su trabajo de machacar el hierro como lo había dejado la víspera.

Devora algun incendio una casa de un turco: él se pone muy tranquilamente á tomar su taza de café delante de la puerta, y responde á los que de ello se maravillan:

—¿No es permitido á un hombre honrado beber al lado de su hogar? A la mañana siguiente, es verdad, gracias al progreso moderno, se pondrá á trabajar para levantar su casa y constituirse una industria.

El progreso triunfa así poco á poco de la iconoclastia musulmana. Se han restaurado los mosaicos de la magnífica mezquita de Santa Sofía; ese templo que fué primero el orgullo de los cristianos, y levantado por el gran Constantino; ese templo que es uno de los ornamentos mas brillantes de Constantinopla por sus ligeros y graciosos minaretos; esa iglesia que podía muy bien decirse que era la rival de San Pedro de Roma y del San Pablo de Londres, y á donde los sultanes van desde tiempos muy antiguos todas las semanas á hacer sus oraciones á *Allah* y al profeta.

De este templo, cristiano un día y hoy mezquita de los osmanlis, presentamos una exacta vista á nuestros lectores.

También se hallan esculpidos bajos relieves sobre el obelisco de At-Meiran. El célebre café de la Fontana se está adornando con frescos bizantinos. En fin, Reschid y Suleima bajá se han hecho retratar en miniatura, cosa que hasta ahora ha estado prohibida á los mahometanos, y ha sido muy mal mirado.

La poligamia se va tambien concluyendo. El mercado de las mugeres se ha suprimido. Los bajás se convierten en papas; el serrallo y el harem van á ser pronto una cosa fabulosa. En lugar de llevar públicamente las circasianas al emperador después del *Ramazan*, se las presenta hoy

en secreto por pura fórmula, y entran esclavas por una puerta y salen libres por otra. Si el próximo sultan que haya de suceder á Abdul-Medjid, se casase con una sola muger, la hija del schah de Persia ó del bajá de Egipto, y no la encierra en el serrallo, sino que la enseña con ceremonia á su pueblo, de seguro que en Oriente termina la poligamia, el *Feredje* ó velo impuesto á toda muger turca, con el que se tapan la cara y no se las ve ni aun los ojos, y el secuestro de las mugeres.

Constantinopla es una de las ciudades mas hermosas que pueden verse en el mundo. El 7 de octubre de 1802, dos ingleses se elevaron en un globo aereostático en el plano de Dosma-Baglene: estuvieron meciéndose sobre la antigua y la nueva Bizancio; bajaron á Galata; el sultan Selim los llamó á su lado, y dijeron á S. A.

—Jamás los hombres han visto nada mas hermoso entre la tierra y el cielo.

Son particulares los contrastes de la vida musulmana. Dormirse en una suave indolencia al eco de la música y en la embriaguez de los perfumes; sonreír á los ensueños de ternura y de familia, contemplar silenciosamente el mar, espectáculo siempre nuevo, que da calma é inspira meditación, y de pronto despertarse al primer grito de guerra, relinchar como el caballo árabe, arrancar las armas de los clavos de las panoplias, despedirse brusca y precipitadamente de las mugeres y de los niños, y correr al horizonte de la batalla repitiendo el grito: *Allah Kherim!* tal es la vida de esos hombres maravillosos que no han perdido todavía nada de sus virtudes de guerra, de su molición y de la indolencia del harem.

En Constantinopla es menester tambien ver el noble recuerdo que existe allí de las cruzadas. Después de la torre de Leandro fuimos al plátano de Godofredo, que él solo compone un bosque de árboles de hierro.

Allí es donde Luis IX y sus paladines se detuvieron hace seis siglos, como hace poco los ingleses y franceses en su estacion de Beicos. La Francia y los cristianos encuentran siempre en Oriente las huellas de sus abuelos. En otro tiempo tambien la bandera de la Gran Bretaña se alzó sobre aquella costa con la bandera de San Luis. Durante la invasión de aquel príncipe en Chipre, sus caballeros vieron desembarcar en el muelle un joven y soberbio guerrero de Inglaterra, el conde Guillermo de Salisbury, que corrió á doblar la rodilla ante el rey de Francia. San Luis le levantó y le dijo enseñándole un crucifijo:

—Aquí no hay mas rey que este.

—Señor, tengo una grande emocion al ver que me habeis reconocido: no nos hemos visto mas que una vez.

—Sí, en Taillebourg; mi espada rompió vuestro casco, y vi el rostro de un resuelto batallador. Bendito sea Dios que ha traído á Chipre un enemigo tan valiente, hoy cruzado y amigo nuestro.

Aquel mismo día se alzó un inmenso clamor del puerto, y corrió sobre los navios. La multitud que cubria los muelles se abrió repentinamente, y se vió al señor de Joinville con la cabeza descubierta, precediendo á una muger llena de harapos, bajar en medio de las aclamaciones populares, deslizar su nombre al oído del conde de Salisbury. A aquel nombre el joven inglés se inclinó respetuosamente delante de la pobre muger, puso la mano sobre el puño de su espada, y dijo:

—Vamos á tomar las órdenes del rey.

Aquella muger cubierta de harapos era la emperatriz María. Venia de Bizancio á reclamar la proteccion francesa á nombre de Balduino II. A aquel grito de agonía, Guillermo de Barres, el Ajax cristiano, dijo con fuego agitando su sombrero al viento:

—La Francia ha fundado el trono de Balduino; la Francia lo sostendrá.

La multitud aplaudió con entusiasmo frenético, y todas las espadas desenvainadas se agitaron en derredor de la augusta mendiga, que venia á implorar la proteccion de San Luis á través de tantos peligros. Joinville condujo la emperatriz al palacio, *la dió lienzo y cendal para forrar su*

vestido, y la presentó á Luis IX, que la recibió como una hermana y la prometió el socorro de su espada.

Los hijos de aquellos cruzados de Luis IX y de Salisbury han sido los soldados del general Saint-Arnaud y del lord Raglan, los que han venido á saludar al pasar por delante el árbol de las Cruzadas, ese monumento de aquella grande epopeya cristiana, que se conserva todavía en Constantinopla, y que atestigua cuanto puede el genio del cristianismo sobre el corazón de los hombres, porque siempre será grande aquella época en que á la sola voz de Dios *lo quiere*, nobles y plebeyos, grandes y pequeños, abandonaban sus casas y sus familias y se precipitaban sobre la Palestina á conquistar el sepulcro del Redentor del mundo.

ESTUDIOS RECREATIVOS.

UN INVIERNO EN LOS HIELOS DEL POLO

I.

LA BANDERA NEGRA.

Después de los mártires de la fé, los mas admirables son los mártires de la ciencia, y entre estos los mas heroicos, los navegantes que siguen en los mares polares las huellas de la Perouse, de Franklin, de Bellós y de otros. No hay en la historia sucesos mas interesantes, episodios mas curiosos, cuadros mas admirables, dramas mas variados, que un invierno en los hielos del polo. Es el resumen de todas las luchas, de todas las sorpresas, de todas las emociones imaginables.

El cura de la iglesia del pueblecito de San Turce, en la provincia de Vizcaya, se despertó á las cinco de la mañana del 12 de mayo de 1830.... para ir segun costumbre, á decir la primera misa rezada, á la que asistían algunos viejos pescadores que iban á salir al mar.

Revestido de sus vestiduras sacerdotales iba á salir al altar, cuando entró un hombre en la sacristía, alegre y asustado á la vez. Era un marino de sesenta años de edad pero todavía vigoroso y fornido, con honrado y espresivo rostro.

—Señor cura, alto ahí, si vd. gusta.

—¿Qué te ocurre tan de mañana, Juan de Vergara? respondió el cura.

—¿Qué me ocurre? muchas ganas de dar á vd. un abrazo ahora mismo.

—Después de la misa que vas á ayudarme.

—¿La misa? respondió el anciano marino. ¿Cree vd. que va á decir misa ahora, y que yo se la voy á dejar decir?

—¿Y por qué? espíciate, porque ya han dado el tercer toque.

—Que toquen ó que no toquen á otra misa tocarán hoy, señor cura, porque vd. me ha prometido bendecir con sus propias manos el matrimonio de mi hijo Luis con mi sobrina María.

—¿Con qué ha llegado? exclamó alegremente el cura.

—No falta mucho, replicó Vergara, restregándose las manos, el vigia ha señalado al salir el sol nuestro bergantín, el que habeis bautizado con el nombre de *San Francisco*.

—Sea enhorabuena, Vergara, le dijo el cura, quitándose la casulla y el alba. Sé cuales son nuestros compromisos, el vicario me reemplazará hoy y estaré á disposicion tuya para cuando llegue tu hijo.

—Yo le prometo á vd. que no le hemos de hacer aguardar mucho; ya están publicadas las amonestaciones por vd. mismo, no tendrá mas que darle la absolucion de los pecados que haya podido cometer entre el cielo y el agua en los mares del Norte. Famosa idea ha tenido en querer que se hiciese la boda el mismo dia de la llegada, y que no saliese del bergantín sino para ir á la iglesia.

—Vamos á disponerlo todo, Vergara.

Luis se habia marchado muy enamorado de María la sobrina de su padre, que le correspondia y encontraba muy larga su ausencia. María tenia apenas veinte años y era una hermosa y robusta vizcaina. Su madre la habia confiado al morir á su hermano Juan Vergara, así es, que este buen marino la queria como hija propia y veia en esta union un manantial de verdadera y permanente felicidad.

La llegada del bergantín terminaba una importante operacion comercial. El *San Francisco* habia marchado hacia tres meses y volvia últimamente de Rodol, sobre la costa septentrional de la Noruega, y segun las señas del vigia habia verificado rápidamente su viage. Al entrar en su habitacion Vergara, encontró toda la gente de su casa en pie, y María, radiante de felicidad, se ponía sus mejores vestidos.

—Con tal de que el bergantín no llegue antes que nosotros, vayamos al muelle.

—Apresúrate, chiquita, porque el viento sopla del Norte y el *San Francisco* anda largo.

Llegaron al muelle. El *San Francisco* se veia claramente: ya la tripulacion hacia los preparativos para entrar en el puerto y habian plegado las velas; se podia reconocer á los marineros que estaban sentados en las vergas; pero ni María ni Juan habian todavía saludado con la mano al capitán del bergantín.